

Expansionismo territorial, discurso civilizatorio y “diplomacia de las cañoneras”: Chile y las disputas por la hegemonía en el Pacífico Sur, 1868-1888¹

Territorial expansionism, civilizational discourse and “gunboat diplomacy”: Chile and the disputes for hegemony in the South Pacific, 1868-1888

Gabriel Cid²

Universidad San Sebastián (Chile)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7174-8014>

Recibido: 19/10/2024

Aceptado: 19/08/2025

Resumen

Este artículo examina la articulación entre las categorías de expansión territorial, discurso civilizatorio y el uso geopolítico del poder naval en Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XIX. Estudiar la experiencia chilena permite iluminar nuestra comprensión de las dinámicas imperialistas y como estas fueron readaptadas en otros espacios, pero para cumplir propósitos similares. En general, la historiografía sobre el imperialismo y el imperio informal han asumido una lógica de centro-periferia en sus exámenes de las relaciones geopolíticas entre las potencias y el resto de los territorios, pero no se han estudiado las adopciones de lógicas coloniales en los países poscoloniales. Este fenómeno es estudiado a través del análisis de procesos de expansión territorial, estrategias legitimadoras como el uso del discurso civilizatorio por naciones periféricas y la asimilación de prácticas como la de la “diplomacia de las cañoneras” en países que tradicionalmente no figuran como potencias de primer orden.

Palabras-clave: Expansión territorial, Civilización, Diplomacia de las cañoneras, Imperio informal, Guerra del Pacífico, Nacionalismo chileno.

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto Fondecyt Regular 1240803. La investigación también contó con el apoyo financiero de la Vicerrectoría de Investigación y Doctorados de la Universidad San Sebastián, proyectos USS-FIN-23-FAPE-07 y USS-FIN-23-CNGI-15.

² (gabriel.cid@uss.cl). Miembro del Instituto de Historia de la Universidad de San Sebastián, de Chile. Algunas publicaciones pueden verse aquí: https://scholar.google.com/citations?user=9u_oM64AAAAJ&hl=es

Abstract

This article examines the articulation among the categories of territorial expansion, civilizational discourse and the geopolitical use of naval power in Spanish America in the second half of the nineteenth century. Studying the Chilean experience allows us to illuminate our understanding of imperialist dynamics and how these were readapted in other spaces, but to fulfill similar purposes. In general, the historiography on imperialism and “informal empire” has assumed a center-periphery logic in its analyses of geopolitical relations between the powers and the rest of the territories, but the adoption of colonial logics in postcolonial countries has not been studied. This phenomenon is explored through the analysis of territorial expansion processes, legitimizing strategies such as the use of civilizing discourse by peripheral nations and the assimilation of practices such as “gunboat diplomacy” in countries that traditionally do not figure as first-order powers.

Keywords: Territorial expansion, civilization, gunboat diplomacy, informal empire, War of the Pacific, Chilean Nationalism.

Introducción

¿Pueden naciones periféricas en el sistema internacional adoptar repertorios de prácticas imperiales? ¿Bajo qué modalidades? ¿Con qué posibilidades de éxito? Este texto quiere plantear estas interrogantes que, a primera vista, pueden parecer inarmónicas en un libro dedicado a estudiar el imperialismo informal en el siglo XIX. En general, la historiografía sobre el imperialismo y temas afines ha asumido implícitamente la lógica de centro-periferia en sus exámenes de las relaciones geopolíticas entre las potencias decimonónicas y el resto de los territorios. Esta tendencia también puede observarse en el estudio del imperialismo informal, que ha privilegiado el desempeño de una serie de actores británicos, franceses, holandeses, alemanes, españoles, etc. en sus relaciones asimétricas con espacios geográficos tales como África, Asia e Hispanoamérica (Brown 2008). Es decir, donde estos territorios son básicamente un escenario de despliegue de este tipo de agencias. No obstante, se han perdido de vista las experiencias de adopción de lógicas que podríamos llamar imperiales en los países poscoloniales, como los procesos de expansión territorial a expensas de otros Estados, la reformulación de estrategias legitimadoras como el uso del discurso civilizatorio por naciones periféricas y la asimilación de prácticas como la de la “diplomacia de las cañoneras” en países que tradicionalmente no figuran como potencias de primer orden. En este artículo sugiero que el estudio de la experiencia de la república chilena en dicho contexto temporal y

bajo esas categorías permite iluminar nuestra comprensión del fenómeno del imperialismo y sus dinámicas en la centuria decimonónica, y como estas fueron readaptadas en otros espacios, pero para cumplir propósitos similares.

Cuando hace setenta años John Gallagher y Ronald Robinson (1953: 1-15) en su análisis del “imperialismo del libre cambio” acuñaron la expresión de “imperio informal” para dar cuenta de aquella dimensión del imperialismo que no se podía reducir a la mera dominación territorial, produjeron una enorme polémica en las ciencias sociales. La categoría ha tenido gran impacto en la literatura posterior, en buena medida como resultado de su maleabilidad de sus connotaciones y flexibilidad de sus alcances, especialmente en lo controversial del sentido de “imperio”, y en las definiciones más bien amplias de categorías como dominio, hegemonía, poder o influencia, asociadas al “imperio informal” (Attard 2023). Si la categoría resulta problemática, no es menos intrincada los mecanismos de realización de estas estrategias de dominio. Incluso en casos paradigmáticos de imperio, como el británico, se ha sugerido que en su formación resulta llamativa la ausencia de planes imperiales coherentes y sistemáticos en el tiempo, expandiéndose más bien de manera inarmónica, fruto del “pluralismo caótico” de diferentes agencias, intereses y estrategias, domésticas y en ultramar (Darwin 2009: 3).

Estas estrategias de expansión imperial, tanto a nivel formal como informal, se llevaron a cabo en territorios de ultramar. Sin embargo, los espacios de interés imperial no pueden pensarse únicamente en términos de territorios de imposición unilateral de sus intereses, sin mediar las agencias de otros actores igualmente interesados en afianzar su influencia y poder en esos territorios, como las nuevas naciones surgidas del colapso del imperio español en América. El caso de la expansión territorial chilena durante la segunda mitad del siglo XIX resulta iluminador en este sentido, pues permite ponderar las estrategias de actores periféricos en espacios claves de la expansión capitalista.

En el Pacífico sur, territorios como la Patagonia, Araucanía y el desierto de Atacama, por ejemplo, se caracterizaron en el siglo XIX no solo por la tenue delimitación de sus fronteras y la débil presencia de los nuevos estados americanos que reclamaban su soberanía, sino también por su importancia comercial y geoestratégica, que los revestía de importancia para diferentes actores e intereses del sistema internacional. En Patagonia, por ejemplo, además de los intereses económicos de los estancieros británicos (Harambour 2019), se sumaron la relevante presencia de la congregación salesiana, de origen italiano (Nicoletti 2004), brindándole a la región un carácter transnacional. Lo mismo puede señalarse sobre la isla de Rapa Nui, enclavada en el Pacífico sur y objeto de atención de la armada británica, esclavistas peruanos y misioneros franceses. Incluso, en aquellos espacios donde los estados nacionales pretendieron hacer más patente su soberanía, como el desierto de Atacama, la decisiva presencia

de empresarios e intereses comerciales internacionales en la explotación de sus recursos mineros, hicieron de estos territorios espacios de interés para el imperio informal europeo (Monteón 1975; Mayo 1987; Desbordes 2008).

En estos espacios el Estado chileno desplegó diferentes estrategias para afianzar su dominio en esos territorios, además de establecer condiciones de hegemonía en la región. Así, en términos empíricos en este trabajo se analizan en conjunto procesos como la expansión militar del Estado chileno hacia el sur de su territorio, con la incorporación de la Araucanía (1868-1881), y Tierra del Fuego (1880); hacia el desierto de Atacama -territorio estratégico debido a su riqueza salitrera y mineral- con el triunfo en la Guerra del Pacífico (1879-1883) ante Perú y Bolivia; y continuada hacia el Oceanía, mediante la incorporación a la soberanía nacional de la Isla de Pascua en 1888, culminando así un proceso de ampliación territorial notable respecto al tamaño original de la república chilena. El triunfo en la Guerra del Pacífico redefinió las relaciones de poder en el Pacífico sur e implicó una ampliación considerable del poder naval chileno, con el que incluso desafió a Estados Unidos con una expedición naval a Panamá en 1885, utilizando la estrategia de la “diplomacia de las cañoneras” gracias al crucero *Esméralda*, a la fecha el navío de guerra más poderoso de las costas del Pacífico.

En síntesis, la propuesta aborda los mecanismos de inserción en las lógicas del capitalismo decimonónico y el perfilamiento de zonas de hegemonía estratégica para la supervivencia de naciones de segundo orden en un escenario internacional de “naciones tragadoras de naciones”, según definió en 1885 el historiador Benjamín Vicuña Mackenna al siglo XIX, escenario en el que el caso chileno puede iluminar este problema variando espacialmente los términos de la discusión al descentrar el debate sobre el imperio y el imperialismo informal.

En términos de fuentes, esta investigación se basa principalmente en la revisión de la opinión pública del período, sustentada en los periódicos. Se trata de una forma de reconstruir la dimensión cultural de aquellas visiones filoimperialistas y expansionistas que legitimaron las acciones del gobierno chileno, una versión *sui generis* del “republicanismo imperial” del siglo XIX estadounidense (Sy-Wonyu 2004). También incorpora visiones oficiales, por medio de informes de militares y diplomáticos que incentivarón y validaron políticas expansionistas. De este modo, consideramos que un acercamiento a este tipo de fuentes amplía la visión sobre el problema del imperialismo informal, permitiéndonos abordarlo no puramente desde una perspectiva económica, sino desde aquella perspectiva que vinculada a la cultura y los imaginarios incide en determinadas configuraciones que han adquirido las identidades nacionales en el tiempo.

Capitalismo, expansión territorial y discurso civilizatorio: Araucanía y Atacama

A fines del siglo XIX el Estado chileno había casi triplicado la extensión territorial con la que, en 1818, el naciente país había declarado su independencia. El proceso de expansión fue acelerado en la segunda mitad de la centuria, cuando las dirigencias chilenas apostaron por establecer la soberanía en el Estrecho de Magallanes y garantizar así el control nacional sobre el paso austral del Pacífico. A este hito le siguió la incorporación militar de la Araucanía, y posteriormente Tierra del Fuego, en la Patagonia. También a inicios de la década de 1880 la expansión se realizó hacia el norte, al desierto de Atacama, con la incorporación de los territorios de Antofagasta y Tarapacá, a expensas de Bolivia y Perú, respectivamente.

En aquellos años se puede contextualizar el despliegue de una “imaginación geográfica imperial”, legado de los modelos coloniales. En efecto, territorios como la Araucanía, Patagonia y Atacama fueron conceptualizados como espacios vacíos, lugares de frontera a la configuración original del Estado que encerraban, sin embargo, un enorme potencial económico y gran valor estratégico (Nouzeilles 1999). Dicho proceso tenía como elemento común la justificación de una incorporación a la soberanía nacional de territorios ya pertenecientes a otros estados, o a comunidades indígenas, bajo la consigna de la conquista civilizatoria. Dicho recurso retórico había sido parte del utilaje ideológico común de los procesos de expansión imperial en el siglo XIX y que las dirigencias chilenas reappropriaron para cumplir propósitos afines. Eso catalizó el auge de un sentimiento nacionalista asociado a la expansión territorial y a la consolidación de una hegemonía relativa dentro del concierto de repúblicas del Pacífico sur. Como ha estudiado la literatura, en ocasiones el nacionalismo en las potencias de “pequeña escala” las lleva a asumir comportamientos vinculados al imperialismo, en políticas que, con un alto grado de realismo político, son impulsadas tanto por presiones internas como externas, especialmente de otras potencias (Fabrykant y Buhr 2016). El caso chileno resulta así un buen ejemplo, desde el ámbito latinoamericano, en este debate.

A mediados del siglo XIX, el declive de la exportación minera repercutió en una crisis económica que intentó ser paliada por medio del comercio de trigo, de creciente demanda en los mercados norteamericanos y europeos. La expansión agrícola hacia el sur del país visualizó a la Araucanía como el espacio propicio para aprovechar el *boom* triguero, lo que implicaba actualizar el debate sobre la ocupación del territorio mapuche que, *de facto*, funcionaba de manera autónoma al Estado chileno (Pinto 1992). La ocupación de la Araucanía comenzaba a dominar el debate público desde fines de la década

de 1850, no solo por razones económicas, sino también por sus dimensiones geoestratégicas. Como anunció un periódico que abogaba por la pronta colonización aquel territorio, su riqueza y su estatuto de indefinición podía abrir las aspiraciones a ser ocupados por las potencias europeas que podrían invocar cualquier daño cometido a sus connacionales como pretexto para la ocupación. De no solucionarse ese peculiar estatuto territorial, “mañana un pueblo extranjero invadirá ese territorio *independiente* y se hará justicia de un agravio tomando posesión de él”, señalaba.³

Estas aprehensiones deben contextualizarse en un escenario global que tensionaba las relaciones entre las potencias europeas y la América hispana, evidenciado en la década de 1860 con la intervención francesa en México, la reincorporación de Santo Domingo a España y la ocupación de las islas Chincha en el Perú. Estas intervenciones expresaban lógicas imperiales que tenían a Hispanoamérica como objetivo territorial y comercial (Inarejos 2010; Shawcross 2018; Escribano y Guerrero 2022).⁴ En ese sentido, la década de 1860 ha sido calificada por la historiografía como un momento de “crisis” atlántica, un “punto de inflexión crítico en la historia mundial” en las disputas entre la Europa monárquica y la América republicana (Doyle 2017: 14), o bien como una “década revolucionaria”, signada por los conflictos internacionales y la consolidación de los estados nacionales (Palacios y Pani 2014).

Que el territorio de la Araucanía fue visto con ojos expansionistas por el mundo europeo queda graficado en la aventura del francés Orelie-Antoine de Tounens, que se propuso crear -en este escenario de expansión del Segundo Imperio- una monarquía al sur del río Biobío (Louis 2023; Méndez Barossi 2019). Un periódico de la región explicó alarmado las eventuales consecuencias de esta situación. “Orelie es agente de Napoleón III para posesionarse de la Araucanía”. Si el gobierno no tomaba medidas en el asunto, “antes de seis meses la veremos poblada de franceses y entonces, ¡ay de la nación chilena!” (Leiva 1984: 85). Aunque el autodenominado “Rey de la Araucanía y la Patagonia” fue deportado por las autoridades chilenas a fines de 1862, éste continuó por una década promoviendo en la opinión pública francesa su proyecto. En 1872 gracias al publicista y diplomático Eugène Mahon de Monaghan la idea de fundar en la Araucanía la llamada “Nueva Francia”, logró el financiamiento de empresarios londinenses para una eventual expedición. Para contrarrestar este tipo de iniciativas, el ministro plenipotenciario chileno en París, Alberto Blest Glana, desplegó una intensa actividad para desacreditar la aventura de Orelie-Antoine, calificándola como un “acto de filibusterismo”, reivindicando la soberanía chilena sobre la Araucanía (Stewart 2005).

³ «La campaña de Arauco», *El Mercurio de Valparaíso*, 27 de agosto de 1859, 2.

⁴ Véase además el artículo de Mikel Gómez Gastiasoro, “España, Ecuador y el imperio informal, ¿oportunidad o sueño roto?”, en este mismo dossier.

Aunque anecdótico, el incidente aceleró el proceso de ocupación militar de la Araucanía por parte del gobierno chileno. Como consignó el comandante Cornelio Saavedra en un informe dirigido al Ministro de Guerra, con esta política, además de “ganar para la civilización todo aquel hermoso territorio”, “se cerraría la puerta a las locas aspiraciones de cualquier aventurero extraño, que halagando en los salvajes las naturales propensiones de rapiña, pretenda erigirse dentro de nuestro país en un poder autónomico que, quien sabe, si no contaría con alguna protección que no sospechamos” (Ministerio de Guerra de Chile 1870: 59).

Los intereses geoestratégicos y comerciales chilenos en la Araucanía fueron revestidos de legitimidad por medio de la apelación a la idea de “civilización”, concepto clave en la justificación de los procesos de expansión imperial (Bowden 2009; Mazlish 2004), y que fue resignificado por naciones periféricas, pero para cumplir propósitos similares. Así, en la segunda mitad del siglo XIX el concepto de civilización desempeñó un rol decisivo en el desarrollo de la legitimidad de la expansión territorial chilena en el Pacífico sur y la consolidación de su posición de poder en la región (Cid 2012). Para el caso de la Araucanía, el discurso fue particularmente virulento. El principal diario del país no dudó en afirmar que: “El indio es enteramente incivilizable; todo lo ha gastado la naturaleza en desarrollar su cuerpo, mientras que su inteligencia ha quedado a la par de los animales de rapiña, cuyas cualidades posee en alto grado, no habiendo tenido jamás una emoción moral.” Desde esta perspectiva, la única salida era precisamente “reducir a esos bárbaros, en nombre de la civilización, afianzando para siempre la tranquilidad de nuestras provincias del Sur, y conquistando para el país esos ricos y vastos territorios”.⁵

Este tipo de discursos se podrían multiplicar fácilmente. Sin embargo, lo sintomático es que reaparecieron en la justificación de la incorporación de los territorios salitreros del desierto de Atacama en tiempos de la Guerra del Pacífico. El discurso ya no remitía a las comunidades indígenas, sino a repúblicas vecinas con las cuales, en la década de 1860 se había forjado una inédita alianza justamente para contener la expansión imperial española en la zona. Tal como en el caso de la expansión territorial hacia la Araucanía, catalizada por un período de contracción económica, la relevancia del desierto de Atacama -rico en metales, guano y salitre- se acrecentó con la crisis económica global de la década 1870 (Sater 1979). En ese escenario, tanto para Chile, Perú y Bolivia la demarcación fronteriza se tornó crucial, pues las expectativas económicas de cada uno de los gobiernos para paliar la crisis se concentraron en la explotación de sus recursos. De este modo, el boom económico en la región implicó importantes flujos migratorios, especialmente de mineros, cateadores, jornaleros, peones y aventureros de toda laya que partieron al

⁵ «Conquista de Arauco», *El Mercurio de Valparaíso*, 24 de mayo de 1859, 2.

desierto, el otrora “país de la muerte” –como lo llamó el historiador Benjamín Vicuña Mackenna– que ahora era el eje de la atención no solo regional, sino también de los empresarios y capitalistas europeos.

La importancia económica y estratégica del desierto en la zona de Antofagasta, donde la presencia del capital chileno-británico en la zona se intensificaba al alero de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, llevó a Bolivia y Chile a acordar un nuevo tratado de límites, esta vez en 1874. Suscrito en Sucre en agosto de ese año, el acuerdo refrendó la línea fronteriza en el paralelo 24°S, pero eliminó la zona de beneficios mutuos entre los paralelos 23°S y 25°S señalados en el tratado de 1866, menos en lo relativo a la explotación del guano. Bolivia se comprometió a no aumentar durante un período de 25 años los impuestos a la exportación sobre los yacimientos mineros ubicados entre dichos paralelos a los capitales e industrias chilenos.

En este escenario, la subida unilateral de impuestos del gobierno boliviano a las compañías salitreras chilenas -violentando el tratado de 1874- y el posterior remate de estas a inicios de 1879 impulsó al gobierno chileno a adoptar medidas utilizadas previamente por las potencias imperiales para revertir estas acciones. En efecto, entre los repertorios de prácticas usadas durante el siglo XIX destacaba la intervención militar amparada en la doctrina de la defensa de la seguridad, propiedad e intereses de sus ciudadanos en territorio extranjero legitimaba este tipo de acciones.⁶ Los vínculos entre el empresariado chileno de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta y diversos actores de la política nacional, sumada al intenso despliegue propagandístico en la prensa lograron que el gobierno determinara la intervención militar en la zona (Ortega 1984). En febrero de 1879, con el apoyo de los buques de guerra *Cochrane* y *O'Higgins* -que se sumaban a la fragata *Blanco Encalada*, apostada un mes en la bahía en espera del desarrollo de la situación- un contingente de tropas chilenas desembarcó en Antofagasta, ocupándola.

La medida de fuerza fue celebrada en diferentes ciudades del país. Las manifestaciones públicas de apoyo a la acción y la prensa enarbolaron -tal como en el caso de la Araucanía- nuevamente el discurso civilizatorio como elemento justificativo de la ocupación territorial. En un meeting patriótico realizado en Valparaíso en febrero de 1879, con el objeto de presionar al Gobierno chileno para que endureciese la postura contra Bolivia y se procediera a la declaratoria de guerra, Máximo Lira describió el estado de “los tristes desiertos de Bolivia”, que el trabajo de los chilenos había convertido en un foco de dinamismo económico: “Eran los industriales chilenos, eran los peones chilenos que habían llevado a aquellas soledades la industria activa, el trabajo fecundo, el

⁶ Por ejemplo, esa había sido la estrategia adoptada por la flota española en la década de 1860 para intervenir en Perú y ocupar las islas Chincha, invocando los agravios cometidos a ciudadanos españoles en la hacienda de Talambo (Aguado Cantero 1988).

progreso y la civilización universal”. Chile no debía transar con el gobierno boliviano, “porque aquello es su conquista y en conservarla para la humanidad civilizada está cifrada nuestra honra”, enfatizaba. En esa misma jornada, Isidoro Errázuriz, remarcando la reprochable conducta boliviana, señaló que “el desierto de Atacama era un arenal improductivo y maldito” hasta que los “cateadores chilenos, animosa vanguardia de industria y civilización”, habían convertido el desierto en un emporio económico que ahora, injustamente, Bolivia buscaba arrebatarle a los chilenos. Aunque jurídicamente el territorio no pertenecía a los chilenos, el derecho del trabajo y de la “civilización” sí los hacia los dignos propietarios de él, enfatizaba Errázuriz.⁷

El utilaje discursivo expuesto por Chile desde febrero de 1879, y que se extendió hasta fines de la Guerra del Pacífico, fue fundamental para justificar, en primera instancia, la entrada de Chile al conflicto, pero también, a medida que la guerra se desenvolvió exitosamente, para legitimar la ocupación y posterior anexión de los territorios conquistados a Bolivia y Perú (McEvoy 2011). El punto más intenso de este discurso se produjo durante la ocupación de la capital peruana en 1881. Un texto notable que sintetiza la intensidad del afán expansionista chileno en los años de la guerra fue el artículo “Anexión o anarquía”, publicado en *La Actualidad*, periódico chileno publicado durante la ocupación de Lima. Allí, el periodista hacía un símil histórico entre la caída del imperio inca a manos de los conquistadores españoles, y la derrota de la república peruana a manos de la chilena. En ambos casos, la victoria en la guerra les permitía reclamar el derecho de conquista. El dilema en que se encontraban las dirigencias peruanas consistía en aceptar una eventual incorporación a la soberanía chilena o continuar su trayectoria política fracasada. Un país, aclaraba, “que ha derrochado sus riquezas naturales”, “que ha apoyado la esclavitud china, degradando las masas mixtas de todos colores que forman su población”, apoyando ejércitos revolucionarios, dilapidando el crédito público, devaluando su moneda, etc. Y si bien este diagnóstico podría ser lesivo al auditorio peruano, el autor aclaraba que “ningún amante de la ley y el orden”, “ha visto jamás con pesar que una raza progresista entre en posesión de un territorio que haya dormido por largo tiempo en manos de un pueblo ocioso y afeminado”. Además, no existían las condiciones materiales para una resistencia a la anexión chilena. Después de las derrotas de Chorrillos y Miraflores Perú ya no contaba con un ejército -sus remanentes militares eran calificados como una “turba de parásitos”; ni tampoco podía contar con la intervención de otras potencias, pues la administración chilena era la que aseguraba el respeto por la integridad de sus intereses en la región.

⁷ «Ceremonia patriótica en Valparaíso con ocasión de la declaratoria de guerra a Bolivia. Discursos de Isidoro Errázuriz, Máximo Lira y Francisco Moreno», *El Ferrocarril*, 14 de febrero de 1879, 2-3.

Para el periodista, si bien Chile no era una gran potencia, “en el sentido en que se aplica esa palabra a las naciones del viejo mundo”, a escala continental, “sí goza de una superioridad sobre ellas que justifica el empleo aquí de esa palabra”. Por eso, la anexión beneficiaria al Perú, que podría gozar de buenas leyes comerciales, la unificación monetaria, la subordinación de los militares al poder civil, entre otros beneficios de la proyectada “Confederación chilena” que, con capital en Santiago, permitiría incorporar a la nacionalidad peruana a la chilena. Ese proyecto, sentenciaba, “tendría inmensas ventajas no solo para el país sino para el mundo entero”. Por eso, se preguntaba retóricamente: “¿Vendrá la anexión a producir paz, bienestar, progreso y civilización en el Pacífico?” o, por el contrario, quedaría Perú, con su “guerra de razas que ya existe entre negros y chinos a convertir este país en un osario o en un desierto”?⁸

La posguerra: de la ‘diplomacia de las cañoneras’ a la chilena a la expansión hacia Oceanía

Además de sus repercusiones regionales, la Guerra del Pacífico y su desenlace concitó la atención en otras latitudes. En febrero de 1884, Albert G. Browne brindó en la American Geographical Society of New York una conferencia en la que se propuso abordar el “creciente poderío de la república chilena”. En ella buscaba dar cuenta ante el auditorio estadounidense de los legados del triunfo chileno en la guerra y mostrar los desafíos que esto suponía para Estados Unidos y sus pretensiones de hegemonía en la región. Para el abogado de Harvard y prolífico publicista, la experiencia chilena era sorprendente en diferentes niveles. Había logrado evitar la intervención europea y norteamericana en el desarrollo del conflicto, había desarticulado tanto en el presente como en el futuro la alianza entre Perú y Bolivia, y había logrado dominar completamente al Perú. “Ha subyugado tan completamente al Perú, que, si su población fuera lo suficientemente grande para justificar semejante política, podría anexionarse completamente ese país a sus dominios. Pero por razón de su corta población, no por magnanimitad, se sacia con la apropiación del distrito salitrero por el que comenzó la guerra”, indicaba. Este despliegue de poder, sin embargo, no era lo que debía preocupar al público estadounidense. “Chile no solamente se ha posicionado como la potencia dominante de la costa occidental de Sudamérica, sino que por su fuerza naval, puede, si le place, dominar en este momento la costa del Pacífico de los Estados Unidos. Estamos en una posición ridícula con relación a ella. Cualquiera de sus tres acorazados puede hundir todos los buques de madera de nuestra maltrecha marina, y

⁸ «Anexión o anarquía», *La Actualidad*, 10 de mayo de 1881, 1-2.

el contraste entre su poder y nuestra impotencia es una fuente cotidiana de vergüenza para todo ciudadano de nuestro país que resida o viaje entre Panamá y el Cabo de Hornos” (Browne 1884: 76-77, 80).

Aunque alarmante, el diagnóstico de Browne era preciso. En efecto, tras su victoria en la Guerra del Pacífico Chile consolidó su posición de potencia naval en el Pacífico sur, situación reforzada por la adquisición en 1884 del crucero *Esmeralda*. El navío, descrito en la época como el barco de guerra más poderoso a nivel global, incorporaba tecnología de vanguardia, gran velocidad de desplazamiento y una artillería formidable para el contexto mundial. Este nuevo escenario militar incentivó el uso del poderío naval chileno para defender su posicionamiento como potencia regional, en una suerte de uso *sui generis* de la llamada “diplomacia de las cañoneras”. Definida como el uso limitado del poder naval en territorio extranjero para lograr coercitivamente ventajas diplomáticas, comerciales o políticas sin llegar al estado de guerra (Cable 1971: 15-21), el viaje realizado por el crucero *Esmeralda* a Panamá en 1885 pondría nuevamente en evidencia la reutilización del repertorio de prácticas imperiales por parte de naciones periféricas como Chile, con sus límites y variaciones.

En marzo de 1885 estalló una insurrección separatista en Panamá, liderada por Rafael Aizpurú, que buscaba lograr mayor autonomía de los Estados Unidos de Colombia. En los sucesos, el poblado de Colón fue incendiado por las fuerzas del caudillo Pedro Prestán, tomando como prisioneros a miembros de las tripulaciones de buques norteamericanos apostados en el puerto de la ciudad. Como era habitual dentro del repertorio de prácticas de intervención de las potencias, la flota estadounidense –que además estaba en proceso de modernización– fue enviada a la zona a proteger los intereses de sus ciudadanos, por lo que procedió a desembarcar a una fuerza de marines y a ocupar Ciudad de Panamá, en un ejercicio clásico de la “diplomacia de las cañoneras” (Hagan 1973: 160-187).

Un día después de la ocupación de Panamá por las fuerzas norteamericanas arribó el crucero *Esmeralda*, con el fin de oponerse a una eventual anexión norteamericana de la región. El despliegue del poder naval chileno exigía la desocupación estadounidense de la zona y el respeto por la soberanía colombiana en la región. El navío chileno no desembarcó tropa, pues los diplomáticos colombianos y estadounidenses llegaron a un acuerdo (Tromben 2008). En rigor, según la documentación diplomática, Chile intervino sin que su presencia fuese solicitada por Colombia, pues lo que le importaba era establecer una política de contención de Estados Unidos en la zona que, con la apertura del ferrocarril en el istmo, gozaba de una posición geoestratégica crucial a nivel global. En su retorno a aguas chilenas, el crucero *Esmeralda* se detuvo por unos días en Guayaquil el 19

mayo, ante los rumores que indicaban que la ciudad sería atacada por navíos estadounidenses por reclamaciones económicas impagadas. La presencia del navío chileno se estimaba necesaria para prestar ayuda a Ecuador en caso necesario (Rubilar 2022: 345-346).

Como ha indicado William Sater (1990: 52), en su libro titulado provocadoramente *Chile and the United States: Empires in Conflict*, el incidente panameño puso de relieve hasta donde estaban dispuestas a llegar las dirigencias chilenas para sostener su hegemonía en el Pacífico. El balance de la expedición chilena a Panamá encendió las alarmas en la opinión pública norteamericana. Un par de meses después de los incidentes en Panamá una publicación especializada en el poder naval planteaba la incapacidad estadounidense de hacer frente al poder chileno en el Pacífico. La escuadra chilena, aseguraba la revista *Army and Navy Journal*, podía bombardear San Francisco a distancia sin poder ser siquiera dañada. “Chile tiene hoy a flote el mejor, más rápido y mejor equipado buque de guerra de combate de su tamaño”. El crucero *Esmeralda*, añadía, “podría destruir toda nuestra Armada, barco por barco, y nunca ser tocado”⁹.

La incursión del crucero *Esmeralda* en Panamá puso en evidencia el despliegue de la fuerza naval chilena como un mecanismo de contención del poderío norteamericano en el Pacífico sur. Esta política sería complementada también con los debates contemporáneos sobre la necesidad de expandirse hacia Oceanía como un mecanismo de refrendar las pretensiones de hegemonía chilena en la región. En efecto, el horizonte de expansión del Estado chileno en la década de 1880 no solo tuvo como espacios de su despliegue los territorios de la Patagonia, Araucanía y Atacama. Tras la Guerra del Pacífico la república austral dirigió sus miras hacia la Polinesia, como un espacio que aseguraría su posición de preeminencia naval en el Pacífico sur.

El diagnóstico formulado por el prolífico escritor e historiador Benjamín Vicuña Mackenna es especialmente ilustrativo del despliegue de una “imaginación geográfica imperial” en la república chilena de la época y sus estrategias para insertarse en el siglo XIX, definido de manera elocuente como “siglo del positivismo práctico y avariciosos de las naciones tragadoras de naciones”. Ya descubiertas y pobladas todas las partes del globo a fines del siglo XIX, emergía Oceanía como el escenario de las disputas imperiales, espacio que “atrae en codicioso tropel los pueblos y los gobiernos del viejo continente”. “El Pacífico es hoy su presa favorita”, aseguraba, donde lo más significativo resultaba el asegurar vías de comunicación y la expansión del comercio en nuevos territorios, donde Gran Bretaña -esa “nación come-islas”- se posicionaba como el modelo a seguir por Chile. Por eso, se preguntaba: “Nuestro país entre tanto, república comparativamente pequeña pero que con

⁹ «We cannot fight the Chilian navy», *Army and Navy Journal*, 1 de Agosto de 1885, 16.

grandes sacrificios mantiene una marina bastante poderosa para inspirar recelo a las indefensas costas californienses [sic] ¿se quedará sin un pedazo de piedra en el incesante y poco equitativo reparto del Pacífico?”

Para Vicuña Mackenna, la inserción de Chile dentro de este nuevo escenario geopolítico pasaba necesariamente por incorporar la Isla de Pascua, además de las islas San Félix y San Ambrosio, a la soberanía nacional. En especial, la Isla de Pascua “podría servirnos como un blanco de piedra en aguas ecuatoriales para ir a ejercitar las tripulaciones de nuestra armada, lejos de las lejanas y tormentosas colonias australes que actualmente poseemos en la vecindad del polo”, preguntándose con evidente entusiasmo imperial: “¿y no sería en tales condiciones digna de fijar entre sus volcánicas grietas un mástil de bandera que exhibiera en su tope la blanca estrella de nuestras conquistas de la tierra firme?”¹⁰

La idea no fue aislada. En octubre de 1886, el capitán Policarpo Toro envió un oficio al gobierno, titulado significativamente “Importancia de la Isla de Pascua y la necesidad de que el gobierno de Chile tome inmediatamente posesión de ella”. Situada equidistante tanto de Chile como del Perú, el oficial naval señalaba que la isla “está en disponibilidad para el primer ocupante”. Perú, Inglaterra, Francia o Alemania podrían arrebatarle a Chile la posibilidad de construir allí una “magnífica estación naval para su pequeña pero importante marina”. Además, aseguraba que la posesión de ese territorio insular permitiría “evitar que una potencia extranjera, tomando posesión de ella, nos amenace desde allí, en las futuras emergencias en que pudiera hallarse Chile u otra de las repúblicas sudamericanas”. Además de estas consideraciones de seguridad, Toro establecía que las rutas comerciales hacia Australia y Nueva Zelanda vía Panamá la deberían considerar como punto de recalada, de modo que Chile podría posicionarse de manera estratégica allí (Toro 1886: 621-622).

No todos compartieron el entusiasmo por el valor estratégico que supondría la Isla de Pascua para el poder naval chileno. Álvaro Bianchi Tupper, oficial de marina y diplomático, por ejemplo, sostuvo que por su ubicación en el Pacífico la isla estaba condenada “a la estagnación y a la inutilidad más absoluta en el presente y en el porvenir”, pues carecía de recursos naturales valiosos. En términos geopolíticos, tampoco su valor era tal. Incluso si Chile tomaba posesión de la isla y construía un apostadero naval, esto podría “tentar la codicia de cualquiera potencia agresiva y para facilitar con ellos el primer golpe de mano que alguna nación europea quiera dar sobre Chile o sobre otra de las repúblicas del Pacífico”. En particular, desataría controversias con potencias de primer orden como Francia e Inglaterra. Por eso, Bianchi Tupper, se mofaba de las pretensiones filoimperiales de la república chilena: “Actos

¹⁰ «El reparto del Pacífico. La posesión de la Isla de Pascua», *El Mercurio de Valparaíso*, 1 de julio de 1885, 2-3.

de dominio que les servirán de antecedentes cuando nos ordenen salir de esta nueva colonia, dándonos así la lección que los mayores acostumbran a dar a los niños maleducados que gustan darse aires de grandes personas".¹¹ Días después, otro periódico de la capital volvía a ironizar con el rumbo que estaba tomando la política chilena en el Pacífico sur:

Clavando nuestra bandera en ese islote, vamos a darnos vamos a darnos el lujo de tener colonias chilenas en la Oceanía, y a poder hablar de nuestra política colonial, como las grandes naciones europeas. Pero ese juego no es una inocente distracción, y tememos que, desde el primer momento, junto con la deliciosa satisfacción de poseer una colonia que tenga la prestigiosa fascinación de la distancia, experimentemos también las amarguras y peligros de esas calaveradas marítimas.¹²

Pese a estos resquemores en la opinión pública, en septiembre de 1888 Polícarpo Toro firmaba con los líderes isleños la anexión de la Isla de Pascua a la soberanía chilena. Culminaba así un proceso de expansión territorial inédito en el Pacífico sur que, en la lógica chilena, le permitiría a la república consolidar su hegemonía en la zona. Un proyecto, en cualquier caso, efímero. En 1891 el país enfrentó una guerra civil particularmente sangrienta y en 1895 la Isla de Pascua fue cedida por el gobierno para la explotación ovina por capitales franceses -la Compañía Explotadora de la Isla de Pascua, propiedad de Enrique Merlet- y posteriormente británicos, a través de la Williamson, Balfour y Cía (Cristino 2011: 38-47).

Reflexiones finales

En septiembre de 1887 un periodista estadounidense definió a los chilenos como los "yankees sudamericanos", para sintetizar con esta frase la evolución mediante el cual la pequeña república austral se había posicionado como "la más poderosa de todas las repúblicas de América, excepto por nosotros" (Curtis 1887: 564). En estas páginas he intentado dar cuenta de algunos de los factores que incidieron en este proceso, mostrando que una de sus singularidades fue la reutilización del repertorio de prácticas de las potencias imperiales del siglo XIX para asegurar sus condiciones de liderazgo a nivel regional. Entre estas destacan el despliegue del discurso civilizatorio como elemento legitimante de prácticas de expansión territorial, la búsqueda de posiciones territoriales de ultramar -como el caso de la Isla de Pascua- y el recurso *sui generis* de la "diplomacia de las cañoneras" como forma de respaldar su política de hegemonía en el Pacífico sur.

¹¹ *La Libertad Electoral*, 26 de julio de 1888, 2.

¹² «Actualidad política», *La Época*, 29 de julio de 1888, 2.

Este proceso estuvo signado, inevitablemente, por la ambivalencia, pues como nación poco importante en el concierto internacional Chile también fue objeto de las prácticas y agencias del imperialismo informal, pero también, como lo hemos observado, desplegó una serie de estrategias para adaptar algunas de estas medidas para potenciar su posición en el contexto regional. En un escenario de expansión capitalista y apertura de mercados globales para algunas mercancías, como el trigo o el salitre, Chile apostó por abrirse un espacio en este campo de múltiples intereses y evitar su relegamiento a un lugar periférico. Dicha experiencia nos muestra lo intrincado de este proceso, las múltiples agencias involucradas y la pluralidad de intereses transnacionales involucrados que tensionan la naturalidad de mirada de centro-periferia con la que habitualmente se han abordado estas cuestiones en términos historiográficos.

Referencias:

- Aguado Cantero, Rodolfo (1988). «El precedente de la Hacienda de Talambo en el conflicto hispano-peruano de la segunda mitad del siglo XIX», *Estudios de Historia Social y Económica de América*, 3, 165-173.
- Attard, Bernard (2023). «Informal Empire: The origin and significance of a key term», *Modern Intellectual History* (20), 1219-1250.
- Bowden, Brett (2009). *The empire of civilization: the evolution of an imperial idea*. Chicago: University of Chicago Press,
- Brown, Matthew, ed. (2008). *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital*. Malden: Blackwell / Society for Latin American Studies.
- Browne, Albert G. (1884). «The Growing Power of the Republic of Chile», *Journal of the American Geographical Society of New York*, 16, 3-88.
- Cable, James (1971). *Gunboat diplomacy. Political applications of limited naval force*. Londres: Chatto & Windus.
- Cid, Gabriel (2012). «De la Araucanía a Lima: los usos del concepto ‘civilización’ en la expansión territorial del Estado chileno, 1855-1883», *Estudios Ibero-Americanos*, 38 (2), 265-283.
- Cristino, Claudio (2011). «Colonialismo y neocolonialismo en Rapa Nui: una reseña histórica». En Claudio Cristino y Miguel Fuentes (eds.): *La Compañía Explotadora de Isla de Pascua. Patrimonio, memoria e identidad en Rapa Nui*. Concepción: Escaparate, pp. 19-52.
- Curtis, William E.
- William E. Curtis (1887). «The South American Yankee», *Harper's New Monthly Magazine*, 75 (448), 556-564.
- Darwin, John (2009). *The Empire Project. The rise and fall of the British world-system, 1830-1970*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Desbordes, Rhoda (2008). «Representing ‘informal empire’ in the nineteenth century. Reuters in South America at the time of the War of the Pacific, 1879-83», *Media History*, 14 (2), 121-139.
- Doyle, Don H., ed. (2017). *American civil wars. The United States, Latin America, Europe and the crisis of the 1860s*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Escribano, Rodrigo y Pablo Guerrero (2022). «Navalismo y panhispanismo como horizontes de regeneración imperial en España (1814-1862)», *Anuario de Estudios Americanos*, 79 (1), 205-238.
- Fabrykant, Marharyta, y Renee Buhr. (2016). «Small State Imperialism: The Place of Empire in Contemporary Nationalist Discourse». *Nations and Nationalism*, 22 (1), 103-122.

- Gallagher, John y Ronald Robinson (1953). «The Imperialism of Free Trade», *The Economic History Review*, 6 (1), 1-15.
- Hagan, Kenneth J. (1973). *American Gunboat Diplomacy and the Old Navy, 1877-1889*. Westport: Greenwood Press.
- Harambour, Alberto (2019). *Soberanías fronterizas. Estados y capital en la colonización de Patagonia (Argentina y Chile, 1830-1922)*. Santiago: Ediciones Universidad Austral de Chile.
- Inarejos, Juan Antonio (2010). *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y la Francia de Napoleón III (1856-1868)*. Madrid: Sílex.
- Leiva, Arturo (1984). *El primer avance a la Araucanía: Angol 1862*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera.
- Louis, Jérôme (2023). «Antoine de Tounens (1825-1878): un conquistador français devenu roi d’Araucanie et de Patagonie», *Textures*, 27. <https://publications-prairial.fr/textures/index.php?id=426>
- Mayo, John (1987). *British Merchants and Chilean Development, 1851-1886*. New York: Routledge.
- Mazlish, Bruce (2004). *Civilization and its contents*. Stanford: Stanford University Press.
- Mc Evoy, Carmen (2011). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Méndez Barossi, Ricardo (2019). «Orlie Antoine de Tounens, ¿un aventurero o un agente de Napoleón III?», *Anuario*, 31, 154-174.
- Ministerio de Guerra de Chile (1870). *Memoria que el ministro de Estado en el departamento de guerra presenta al Congreso Nacional de 1870*. Santiago: Imprenta Nacional.
- Monteón, Michael (1975). «The British in the Atacama Desert: The Cultural Bases of Economic Imperialism», *Journal of Economic History*, 35 (1), 117-133.
- Nicoletti, María (2004). «La Congregación salesiana en la Patagonia: ‘civilizar’, educar y evangelizar a los indígenas (1880-1934)», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 15 (2), 71-92.
- Nouzeilles, Gabriela (1999). «Patagonia as borderland: nature, culture, and the idea of the State», *Journal of Latin American Cultural Studies*, 8 (1), 35-48.
- Ortega, Luis (1984). *Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico*. Santiago: FLACSO.
- Palacios, Guillermo y Erika Pani, coords. (2014). *El poder y la sangre. Guerra, estado y nación en la década de 1860*. México: El Colegio de México.

-
- Pinto, Jorge (1992). «Crisis Económica y Expansión Territorial: La ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX», *Estudios Sociales*, 72, 85-126.
- Rubilar, Mauricio (2022). *La Prusia Americana. Chile y sus relaciones internacionales durante la guerra y la posguerra del Pacífico (1879-1891)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Sater, William F. (1979). «Chile and the World Depression of the 1870s», *Journal of Latin American Studies*, 11 (1), 67-99.
- Sater, William F. (1990). *Chile and the United States: Empires in Conflict*. Athens: University of Georgia Press.
- Shawcross, Edward (2018). *France, Mexico and informal empire in Latin America, 1820-1867*. Londres: Palgrave.
- Stewart, Hamish I. (2005). «Alberto Blest Gana y el rey de la Araucanía y Patagonia», *Revista de Historia*, 15, 43-49.
- Sy-Wonyu, Aïssatou (2004). «Construction nationale et construction impériale aux États-Unis au XIX^e siècle. Les paradoxes de la république impériale», en *Cités*, 20, 31-50.
- Toro, Policarpo (1886). «Importancia de la Isla de Pascua y la necesidad de que el gobierno de Chile tome inmediatamente posesión de ella», En *Documentos sobre Isla de Pascua (1864-1888)*, Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile / DIBAM, 2013, pp. 621-622.
- Tromben, Carlos (2008). «Presencia del crucero Esmeralda en Panamá», *Tareas*, 129, 61-79.